

## 11. LA ENVOLTURA SONORA

Paralelamente al establecimiento de las fronteras y de los límites del Yo como interfaz bidimensional apoyada en las sensaciones táctiles, se constituye el Sí-mismo por introyección del universo sonoro (y también gustativo y olfativo), como cavidad psíquica preindividual dotada de un esbozo de unidad e identidad. Asociadas, durante la emisión sonora, a las sensaciones respiratorias que le proporcionan una impresión de volumen que se vacía y se llena, las sensaciones auditivas preparan al Sí-mismo para estructurarse teniendo en cuenta la tercera dimensión del espacio (orientación y distancia) y la dimensión temporal.

Durante los últimos decenios, la literatura psicoanalítica anglosajona ha aportado tres nociones importantes. W. R. Bion (1962) demostró que el paso del no pensar al «pensar», o incluso de los elementos beta a los alfa, se basaba en una capacidad cuya experiencia real es necesaria al desarrollo psíquico del lactante, a saber, la capacidad propia del pecho materno para «contener», en un espacio psíquico delimitado, las sensaciones, afectos y huellas mnésicas que irrumpen en su psiquismo naciente; el pecho contenedor detiene la retroproyección agresivo-destructora de los trozos del Sí-mismo expulsados y diseminados y les aporta las posibilidades de representaciones, vínculos e introyecciones. H. Kohut (1971) ha querido diferenciar dos movimientos antagónicos, alternativos y complementarios, aquél por el que el Sí-mismo se constituye difractándose en los objetos con los que realiza fusiones parcelarias-narcisísticas (los «Sí-mismos-objetos»), y aquél por el cual el Sí-mismo realiza una fusión «grandiosa» con un objeto ideal. Finalmente, volviendo al estadio del espejo, tal como lo concibió Lacan, en el que el Yo se edifica como otro, sobre el modelo de la imagen especular del cuerpo entero unificado, D. W. Winnicott (1917) describió una fase anterior, aquella en la cual el rostro de la madre y las reacciones del entorno proporcionan el primer espejo al niño que constituye su Sí-mismo a partir lo que se le refleja. Pero, como Lacan, Winnicott pone el acento en las señales visuales. Yo querría destacar la existencia, más precoz aún, de un espejo sonoro o de una piel audiófónica y su función en la adquisición, por el aparato psíquico, de la capacidad de significar, y luego de simbolizar (1).

(1) Cf. Guy Rosolato, «La voix», en *Essais sur le symbolique* (1966, pp. 287-305).

### Observación de Marsias

Voy a relatar dos sesiones significativas de una cura psicoanalítica. Llamo al paciente Marsias, como recuerdo del sileno deshollado por Apolo.

Hace varios años que Marsias está en psicoanálisis. Ahora hacemos sesiones cara a cara, de una hora de duración, por una reacción terapéutica negativa que surgió con la posición recostada. Gracias al nuevo dispositivo se pudo retomar el trabajo psicoanalítico que conllevó algunas mejorías en la vida del sujeto, aunque las interrupciones de la cura, ocasionadas por las vacaciones, se siguen soportando mal.

En la primera sesión, después de las cortas vacaciones de primavera, Marsias, más bien deprimido, se describe como vacío. Se ha sentido ausente en los contactos con los demás a la vuelta a sus actividades profesionales. Igualmente, me encuentra con aspecto ausente. Me ha perdido. Después pone de relieve que los dos grandes períodos de depresión, vividos durante su cura, han sucedido en las vacaciones de verano, aunque uno de ellos había seguido a un fracaso profesional que le había afectado mucho. En Semana Santa pudo ausentarse durante un fin de semana prolongado. Se marchó al Sur, a un hotel confortable al borde de un mar magnífico, con piscina de agua caliente. Le gusta mucho la natación y las excursiones. No obstante, las cosas salieron mal. Tuvo malas relaciones con las personas del pequeño grupo con el que se había marchado, amigos o colegas de trabajo de ambos sexos, que también eran compañeros frecuentes de los fines de semana. Se sintió olvidado, abandonado, rechazado. Su mujer tuvo que quedarse en casa con su hijo convaleciente. Las caminatas le cansaron y, sobre todo, las sesiones colectivas en la piscina fueron de mal en peor: perdía el aliento, no encontraba el ritmo de sus movimientos, multiplicaba los esfuerzos descoordinados, tenía miedo de tirarse al agua, la sensación de estar mojado le hacía desagradable el contacto con el agua, a pesar del sol tiritaba; incluso dos veces, cuando caminaba al borde de la piscina, resbaló en las baldosas húmedas golpeándose la cabeza dolorosamente.

Se me pasa por la imaginación la idea de que Marsias viene a las sesiones no tanto para que yo le nutra, como he tenido la impresión de estar haciendo desde que le recibo con nuestro nuevo dispositivo, sino para que le lleve en brazos, le caliente, manipule y para que, con el ejercicio, haga posible las capacidades de su cuerpo y de su pensamiento. Le hablo, por primera vez, de su cuerpo como volumen en el espacio, como fuente de

sensaciones y de movimientos, como miedo a la caída, sin obtener de Marsias más que una educada aprobación. Me decido entonces a plantearle una pregunta directa: no cómo su madre le ha lactado, sino cómo le ha tenido en brazos cuando era pequeño? Evoca entonces un recuerdo al que ya ha aludido dos o tres veces y del que a esta madre le gustaba hablar. Poco después del nacimiento de Marsias, muy ocupada ya con sus cuatro primeros hijos —un hijo mayor y tres hijas—, se encontró dividida entre el recién nacido y la pequeña que había venido al mundo un año antes y que acababa de caer gravemente enferma. La madre confió a Marsias a una criada, mucho más experta en las tareas domésticas que en los cuidados que un bebé reclama, aunque se había empeñado en darle el pecho personalmente a este hijo cuyo nacimiento la había llenado de gozo. Le daba el pecho generosa y rápidamente, precipitándose, terminada la mamada e inmediatamente después de dejarle en manos de la empleada, se dirigía hacia la hermana de Marsias cuya salud permaneció tan debilitada durante semanas que se llegó a temer por su vida. Entre estas visitas-mamadas que Marsias absorbía glotonamente, era vigilado y olvidado al mismo tiempo por la criada, vieja solterona, austera, de principios, trabajadora, que actuaba por deber y no para dar y recibir placer y que mantenía una relación sado-masoquista con su patrona. Se interesaba por el cuerpo de Marsias solamente para adiestramientos prematuros o para los cuidados mecánicos: no jugaba con él. Marsias estaba abandonado en un estado pasivo-apático. Después de algunos meses se dieron cuenta de que el niño no reaccionaba normalmente, y la criada creyó su deber comunicar que el niño comprendía mal y que había nacido retrasado. La madre, horrorizada por esta declaración, agarra a Marsias, lo sacude, lo mueve, lo estimula, le habla, y el bebé mira, sonríe, balbucea, exulta, satisfaciendo a su madre, tranquilizada por su normalidad. La madre repitió muchas veces esta verificación, y se decidió luego a cambiar de criada.

Este relato me permite efectuar varias relaciones que comunico en parte y poco a Marsias. Primero, que espera las sesiones conmigo de la misma forma que él aspiraba a las visitas-mamada de su madre: ansiedad por la idea de un retraso por mi parte, por una sesión que tenía que anular, miedo de que su madre no viniera más y de que él mismo se pusiera enfermo como esta hermana cuya muerte se temía.

La segunda relación la había yo sentido al comienzo de la sesión, y ahora se confirma: se le alimentó suficientemente; lo que espera de mí es lo que la criada no le daba, que yo lo

estímulo, que ejercite su psiquismo (en su casa existían momentos de tal pobreza de vida interior que daba la impresión de muerte psíquica). Desde que le recibo cara a cara mantenemos diálogos más frecuentes, importantes intercambios de miradas y de mímica, comunicaciones a nivel postural. A distancia y por interpretaciones de estos intercambios es como si yo le levantara, le llevara en brazos, le calentara, le pusiera en movimiento, y, si fuera preciso, le sacudiera y le hiciera reaccionar, gesticular y hablar: y se lo dije.

Tercero, comprendo mejor ahora cuál es la imagen del cuerpo de Marsias. Para su madre era un tubo digestivo sobrecargado pulsionalmente y erotizado en sus dos extremidades (a la menor emoción experimenta una violenta necesidad de micción, y uno de sus miedos es el de orinarse durante las relaciones sexuales). Su cuerpo como globalidad carnal, como volumen y como movimiento, no fue cargado libidinalmente por la criada. De aquí su angustia de vacío.

Sobre estos tres temas tuvimos un intercambio verbal activo, vivo y caluroso. A su marcha, en lugar de darme, como habitualmente, una mano blanda, me aprieta los dedos firmemente. Mi contratransferencia está dominada por el sentimiento de la satisfacción del trabajo realizado.

Mi decepción es mayor en nuestro siguiente encuentro. Ante mi gran sorpresa, Marsias llega deprimido y lamentándose del carácter negativo de la sesión precedente que, por el contrario, a mí me había parecido enriquecedora para él (y lo había sido para mi comprensión de él, es decir, para mí). Me dejó llevar por un movimiento interior de decepción paralelo al suyo, aunque, evidentemente, no le digo nada. Pienso: después de un paso hacia adelante da dos pasos hacia atrás, niega el progreso que ha efectuado. Estoy a punto de tirar la toalla, pero me recupero. Comprendo que cuando gana en un aspecto tiene miedo de perder en otro, se lo digo y evoco la ley del todo o nada, que ya le había dicho que regía sus reacciones internas. Preciso: la última vez encontró conmigo el contacto «corporal» que le había faltado con su niñera; inmediatamente tuvo la sensación de haber perdido, como contrapartida, el otro modo de contacto, más habitual hasta entonces entre nosotros, el de la mirada breve pero intensa con su madre. La eficacia de mi explicación es inmediata: se reanuda su trabajo psíquico. Relaciona esta explicación con esta pérdida alternada con su gran miedo —que no había enunciado nunca tan claramente— de que el psicoanálisis le quite algo —no en el sentido de la castración, precisa espontáneamente—, de que le prive de sus posibilidades

mentales. Efectivamente, el problema de Marsias se refiere al déficit de su libido narcisista y a los efectos de la carencia de su entorno primitivo en cuanto a asegurar la satisfacción de las necesidades del Yo, tal como las distingue Winnicott de las necesidades del cuerpo. Pero ¿dónde situar las necesidades del Yo en la secuencia que acabo de referir?

La alianza terapéutica que Marsias y yo hemos vuelto a encontrar, permite avanzar en el trabajo de análisis y nos permite también que aparezca otra dimensión de su susceptibilidad ante la frustración (dicho de otra forma, ante la herida narcisística): cuando alguien le da lo que no tuvo de su madre, eso no cuenta, porque es su madre quien hubiera debido proporcionárselo. De esta forma mantiene en su cabeza un proceso perpetuamente inacabado: ¡que su madre y que el psicoanalista reconozcan por fin las equivocaciones que han tenido con él desde el principio! Marsias no es psicótico porque, en conjunto, su funcionamiento mental ha sido asegurado en su infancia: hubo siempre alguien, su hermano o sus hermanas, o las sucesivas criadas, o luego curas que cumplieron este papel, y Marsias, por primera vez, recuerda a una vecina a la que visitaba casi todos los días desde que aprendió a hablar, antes de ir a la escuela. Hablaba con ella sin parar y muy libremente, algo imposible con su madre que estaba no sólo demasiado ocupada, sino que únicamente aceptaba que se expresara lo que estaba de acuerdo con su código moral y su ideal del niño perfecto. En cuanto a mí, comprueba Marsias, tan pronto sucede como con la vecina, tan pronto como con la madre.

Y vuelve a su relación conmigo. Encuentra que le aporto mucho, experimenta más gusto por la vida, no se perderá sus sesiones por nada del mundo. Mas, subsiste entre nosotros una dificultad importante: a menudo no comprende lo que le digo, lo que la última vez fue incisivo ahora no lo recuerda, incluso no me ha «oído» en el sentido acústico del término. Además, si en el intervalo entre las sesiones piensa en sus problemas y le llega una idea interesante, entonces no puede expresarse ante mí. Por esto permanece mudo, tiene el espíritu vacío.

Primero me encuentro cogido de improviso por esta resistencia. Luego, se efectúa una relación en mi cabeza y le pregunto: ¿cómo le hablaba su madre cuando era pequeño? Describe una situación sobre la que aún no había dicho una palabra a pesar de varios años de psicoanálisis, y que por la tarde, redactando la observación de esta sesión, he resumido con la expresión de baño negativo de palabras.

Por una parte, su madre tenía unas connotaciones de voz

roncas y duras que correspondían a bruscos, imprevisibles y frecuentes accesos de mal humor: la relación de Marsias, de bebé, con la melodía materna como portadora de un sentido global era, pues, interrumpida, cortada, como estaba cortada, por los cuidados mecánicos de la criada, la relación de intercambio corporal intensa y satisfactoria con la madre durante las mamadas. Así, las dos principales infraestructuras del significado (el significado infralingüístico que se encuentra en los cuidados y juegos del cuerpo y el significado prelingüístico de la escucha global de los fonemas) estaban afectados por la misma perturbación.

Por otra parte, la madre de Marsias no sabía expresar bien lo que sentía o deseaba. Además, esto era motivo de irritación o ironía para su entorno. Es posible que no supiera ni adivinar lo que sus familiares sentían, ni ayudarles a formularlo. No supo hablar a su último hijo en un lenguaje en el que éste hubiera podido reconocerse. De aquí la impresión de Marsias de tener que enfrentarse con su madre y conmigo en una lengua extranjera.

La secuencia de estas dos sesiones me ha confirmado que en el caso de carencia precoz del entorno en cuanto a las necesidades del Yo, es porque el sujeto ha carecido de una hetero-estimulación suficiente de algunas de sus funciones psíquicas, hetero-estimulación que, en el caso de un entorno suficientemente bueno, permite al contrario llegar inmediatamente a la autoestimulación de estas funciones por la identificación introyectiva. En este caso la finalidad de la cura es, pues: a) Aportar esta hetero-estimulación por medio de modificaciones apropiadas del dispositivo analítico, por la determinación del psicoanalista para simbolizar, en lugar del paciente, cada vez que éste tiene el espíritu vacío. b) Hacer aparecer en la transferencia las antiguas fallas del Sí-mismo y las incertidumbres en la coherencia y en los límites del Yo, de tal forma que los dos compañeros puedan trabajar analíticamente en su elaboración (efectivamente, el paciente con carencia y no neurótico, estará de todas formas profundamente insatisfecho del psicoanalista y del psicoanálisis, pero la alianza simbiótica que se habrá establecido entre la parte auténtica de su Sí-mismo y el psicoanalista le permitirá reconocer, poco a poco a través de sus insatisfacciones, la presencia de algunos déficit precisos, específicos, circunscritos, designables y relativamente superables en las condiciones nuevas del entorno).

## Audición y fonación en el lactante

Es necesario ahora recordar los hechos establecidos en cuanto a la audición y fonación del lactante (2) que convergen en esta conclusión: el bebé está unido a sus padres por un sistema de comunicación verdaderamente audiofónico; la cavidad bucofaringea, en cuanto que produce los formantes indispensables para la comunicación, pronto está bajo el control de la vida mental embrionaria, al mismo tiempo que juega un papel esencial en la expresión de las emociones.

Aparte de los ruidos específicos producidos por la tos y por las actividades alimenticias y digestivas (que hacen del propio cuerpo una caverna sonora donde estos ruidos son tanto más inquietantes cuanto el interesado no puede localizar su origen), ya desde el nacimiento, el grito es el sonido más característico que los recién nacidos emiten. El análisis físico de los parámetros acústicos permitió al inglés Wolff, en 1963 y 1966, distinguir, en el lactante de menos de tres semanas, cuatro tipos de gritos estructural y funcionalmente distintos: el grito de hambre, el de cólera (por ejemplo, cuando está desnudo), el de dolor de origen externo (por ejemplo, durante una toma de sangre del talón) o visceral, y el grito como respuesta a la frustración (por ejemplo, en el caso de la retirada de una tetina que chupa activamente). Estos cuatro gritos tienen un desarrollo temporal, una duración de frecuencias y características espectrográficas específicas. El grito de hambre (aunque no esté necesariamente unido a este estado fisiológico) parece ser fundamental; sucede siempre a los otros tres que serían sus variantes. Todos estos gritos son puros reflejos fisiológicos.

Estos gritos inducen en las madres —que, por otra parte, intentan distinguirlos muy pronto—, con variantes que se deben a su experiencia y a su carácter, reacciones específicas encaminadas a que el grito cese. Ahora bien, la maniobra más eficaz de extinción es la voz materna: a partir del final de la segunda semana detiene el grito del bebé mucho mejor que cualquier otro sonido o que la presencia visual del rostro humano. A partir de la tercera semana, al menos en el medio familiar normal, aparece el «falso grito de desamparo para llamar la atención» (Wolff): son gemidos que terminan en gritos, su estructura física es muy diferente de los cuatro gritos de base. Es la primera emisión sonora intencional; dicho de otra forma, la primera comunicación. A las cinco semanas el bebé distingue la voz materna de las demás voces, mientras que no diferencia todavía el rostro materno de los

(2) Un resumen de los trabajos, esencialmente anglosajones, pero también alemanes y franceses, se encuentra en H. Herren, «La voix dans le développement psychosomatique de l'enfant» (1971), del que yo he tomado muchas cosas. Los autores que cito en las páginas siguientes remiten a la bibliografía de este artículo. —Cf. igualmente P. Oléron, «L'acquisition du langage» (1976).

demás rostros. Así, antes del final del primer mes el niño pequeño empieza ya a ser capaz de decodificar el valor expresivo de las intervenciones acústicas del adulto. Esta es la primera de las reacciones circulares comprobables en él, mucho más avanzadas que las relativas a la visión y a la psicomotricidad, inicio y quizá prototipo de los aprendizajes discriminativos ulteriores.

Entre tres y seis meses el bebé está en pleno balbuceo. Juega con los sonidos que emite. Primero son «cloqueos, castañeos, graznidos» (Ombredane). Después se ejercita progresivamente en diferenciar, en producir voluntariamente y en fijar, entre la variada gama de los fonemas, aquellos que constituyen lo que será su lengua materna. Adquiere así lo que el lingüista Martinet ha designado como segunda articulación de la palabra (la articulación del significante con sonidos precisos o con combinaciones particulares de sonidos). Algunos autores precisan que el niño pequeño emite espontáneamente casi todos los sonidos posibles y que el ajuste al sistema ambiente desemboca en una reducción de su gama. Otros autores consideran, por el contrario, las emisiones de este estado como un material imitado y que la evolución se efectúa por enriquecimiento progresivo. De lo que se está seguro es de que hacia los tres meses la reacción circular visomotriz se instala como consecuencia de la maduración de la fóvea: la mano se extiende hacia el biberón. ¡Pero también hacia la voz materna! Y en tanto que el niño en este estado sólo es capaz de reproducir los gestos que se ve hacer (los de las extremidades de los miembros), la imitación está mucho más diversificada en el plan audiofonológico: en su parloteo, el bebé imita lo que entiende de los demás tanto como él se imita a sí mismo; a los tres meses, por ejemplo, aparecen los gritos contagiosos.

Hay dos experiencias interesantes de relatar. Es difícil saber lo que el lactante escucha porque falta una reacción observable que pruebe lo que él ha oído. Este problema metodológico fue elegantemente resuelto por Caffey (1967) y Moffit (1968), que grabaron el electrocardiograma de lactantes de diez semanas a los que, después de la habituación a determinadas señales fonéticas que eran capaces de reproducir, se les presentaban señales tanto contraídas como propias del repertorio fonético del adulto. Los resultados han confirmado que el lactante poseía una riqueza perceptiva considerable, muy superior a su capacidad de emisión fonética, anticipando así esta anterioridad conocida y comprobable algunos meses más tarde su comprensión semántica con relación a la elocución.

Otra forma de resolver el problema se debe a Butterfield (1968): a las horas de las mamadas los niños de algunos días chupan más activamente una tetina musical que una normal. ¡Según su ardor por chupar, algunos sujetos manifestaron incluso la preferencia por un aire clásico, o popular, o por una melodía cantada! Después de algunos

ejercicios de este género, estos bebés melómanos son capaces, una hora antes de su comida y muy despiertos —es decir, independientemente de la gratificación alimenticia—, de controlar la puesta en marcha o la parada de las músicas grabadas y conectadas al biberón vacío que se ha puesto a su disposición. Estos trabajos confirman la teoría de Bodwlyby, según la cual una pulsión primaria de apego funcionaría simultáneamente con la pulsión sexual oral e independientemente de ella. Pero aportan también un complemento y un correctivo importante: las capacidades mentales se ejercerían en principio sobre un material acústico (yo estaría tentado de añadir: y sin duda olfativos). Esto hace improbables los puntos de vista de Henri Wallon que son autoridad en Francia, según los cuales las diferenciaciones de los gestos y de la mímica —es decir, de los factores tónicos y posturales— estarían en el origen de la comunicación social y de la representación mental. Es evidente que en el niño se montan feed-back con el entorno mucho más precoces: éstos son de naturaleza audiofonológica; se refieren primero a los gritos y en seguida a las vocalizaciones (pero con analogías funcionales y morfológicas patentes entre los dos) y constituyen el primer aprendizaje de conductas semióticas. Dicho de otra forma, la adquisición del significado prelingüístico (la de los gritos y después de sonidos en el balbuceo) precede a la del significado infralingüístico (el de las mímicas y gestos).

Ciertamente, la sucesión cronológica no implica una filiación estructural: las coordinaciones buco-motrices y viso-motrices tienen, cada una, su autonomía relativa y su especificidad; las primeras preparan la adquisición de la segunda articulación (la de los significantes con los sonidos) y las segundas preparan la adquisición de la primera articulación (la de los significantes con los significados). Incluso se puede pensar que el desarrollo de la función lingüística y el principio de apropiación por el niño, durante el segundo año, del código de la lengua humana materna requieren tolerar las diferencias de estructura entre la comunicación vocal y la gestual y superarlas en la constitución de una estructura de simbolización más compleja y de nivel más abstracto. No es menos cierto que el primer problema que se plantea a la inteligencia naciente es el de la organización diferencial de los ruidos del cuerpo, de los gritos y de los fenómenos, y el que los fonocomportamientos constituyen, a lo largo del primer año, un factor primitivo del desarrollo mental.

Un último hecho nos lo va a ilustrar. Entre los ocho y los once meses, las actividades vocales, la imitación de formas oídas y la frecuencia del balbuceo se hacen más lentas. Es la edad en la que el niño se asusta ante los extraños (su rostro y su voz), la edad, también, en la que, con la adquisición hacia los diez meses de la oposición del índice y el pulgar puede, en presencia de un modelo exterior, repro-

ducir gestos que no ve que ejecuta, en la que puede, igualmente, representarse mentalmente objetos o acontecimientos fuera del campo percibido. Pero, al mismo tiempo, y puede que sea una consecuencia, analiza los fono-comportamientos de los demás mucho más que los suyos propios.

### Lo sonoro según Freud

La noción de baño de palabras que emana del entorno materno está ausente en la obra de Freud. Por el contrario, en *El proyecto de una psicología científica* de 1895 (OC., I, pp. 209-256), asigna al grito del bebé un papel importante. El grito es, primero, una descarga motora de la excitación interna, según el esquema reflejo de la primera estructura del aparato psíquico. Después, el niño y el entorno lo escuchan como el primer medio de comunicación entre ellos, que provoca el paso a la segunda estructura del aparato psíquico, donde la señal interviene en una reacción circular, forma primaria de la comunicación. «La vía de descarga adquiere así una función secundaria de extrema importancia, la de la *comprensión mutua*». El siguiente modelo de complejidad del aparato psíquico es, como se sabe, el del *deseo* que apunta a la *imagen mnésica* del objeto que aporta la satisfacción. Esta imagen es, sobre todo, visual o motriz (ya no se trata del registro sonoro); funda el proceso psíquico primario que persigue la realización alucinatoria del deseo (es una experiencia de autosatisfacción por oposición a la satisfacción anterior que depende del entorno); finalmente, la asociación de imágenes mentales con mociones pulsionales constituye la primera forma de la simbolización (ya no se está en la simple señal). Esta tercera estructura del aparato psíquico se hace más compleja a su vez con la articulación de los rasgos verbales (o representantes de palabras) con los representantes de cosas, lo que hace posibles los procesos psíquicos secundarios y el pensamiento. Pero es interesante señalar que Freud describe lo que yo llamaría el nivel cero de esta articulación, la articulación de los sonidos con las percepciones. «Existen, en primer lugar, objetos (percepciones) que hacen gritar porque provocan un sufrimiento (...) *La información que nuestro propio grito nos aporta* nos sirve para atribuir una cualidad (hostil) al objeto, mientras que de otra forma, y a causa del sufrimiento, no podríamos tener ninguna noción cualitativamente clara.» De lo que se deduce que los primeros recuerdos conscientes son los recuerdos penosos.

Puedo ahora tomar posición precisando los límites de aquello en lo que estoy de acuerdo con Freud (3) y los complementos que conven-

(3) Los problemas de la voz y de la audición apenas han interesado a los comentaristas de Freud. Los editores de la *Standard Edition* no hacen ni siquiera figurar en sus

dría aportarle: 1.º el Superyó sádico arcaico empieza a transformarse en un Superyó regulador del pensamiento y de la conducta, con el aprendizaje de la primera articulación del lenguaje (asimilación de reglas que rigen el uso léxico, la gramatical y sintáctica); 2.º Con anterioridad, el Yo se constituye como instancia relativamente autónoma, por apoyo en la piel, con la adquisición de la segunda articulación (fijación del flujo de la emisión vocal a los fonemas que son los que forman la lengua materna) y con la adquisición, igualmente, del estatus de exterritorialidad del objeto. 3.º Con mayor anterioridad, el Sí mismo se forma como una envoltura sonora en la experiencia del baño de sonidos concomitante a la de la lactancia. Este baño de sonidos prefigura el Yo-piel y su doble faz vuelta hacia adentro y hacia afuera, porque la envoltura sonora está compuesta de sonidos emitidos alternativamente por el entorno y por el bebé. La combinación de estos sonidos produce, pues: a) un espacio-volumen común que permite el intercambio bilateral (mientras que la lactancia y la eliminación realizan una circulación de sentido único); b) una primera imagen (espacio-auditiva) del propio cuerpo, y c) un vínculo de realización fusional real con la madre (sin el cual, la fusión imaginaria con ella no sería posteriormente posible).

### La semiofonía

Los artilugios de la tecnología y la inventiva de la mitología y de la ciencia ficción me van a proporcionar las pruebas suplementarias.

La idea de sumergir a los niños que padecen trastornos del lenguaje en un baño sonoro previo a toda reeducación se puso a prueba en Francia bajo el nombre de semiofonía (4). Se encierra al sujeto en una cabina insonorizada y espaciosa, dotada de un micro y de un casco de escucha, verdadero «huevo fantasmático» dentro del que puede replegarse y regresar narcisísticamente. En una primera fase, puramente pasiva, juega libremente (dibujos, rompecabezas, etc.) escuchando durante media hora música filtrada, rica en armónicos agudos y luego, durante otra media hora, una voz filtrada y pregrabada. Está así sometido a un baño sonoro reducido al ritmo, a la melodía y a la inflexión.

índices los términos: voz, sonido y audición. Únicamente han retenido las referencias al grito y a los parecidos de sonidos utilizados por los lapsus y los juegos de palabras. Queda por emprender una investigación sobre lo sonoro en Freud.

(4) I. Beller, *La Sémiophonie* (1973). El autor parte de la experiencia de Birch y Lee (1955): estimulaciones auditivas binaurales de 60 decibelios durante sesenta segundos en sujetos que sufren de afasia expresiva, a causa de una inhibición cortical permanente, provocan una mejoría inmediata de su eficiencia verbal que dura cinco o diez minutos. Igualmente está inspirada en el oído electrónico de Tomatis modificando esta concepción.

La segunda fase de la reeducación se refiere a la segunda articulación; requiere del sujeto, después de la audición de la música filtrada, la repetición activa de significantes igualmente pregrabados y pasados por un filtro dulce que hace que la voz sea perfectamente audible y distinta, favoreciendo la escala de los armónicos agudos; al mismo tiempo que repite las palabras, el sujeto se oye en los auriculares, descubre su propia voz y realiza la experiencia del feed-back auditivo-fonatorio. La fase siguiente, más banal, incluye la desaparición del baño musical previo, así como de los sonidos filtrados y la repetición de frases organizadas en forma de relato. Si el niño repite mal, si voluntariamente introduce variantes caprichosas o groseras, no se le hace ninguna puntualización ni amonestación. Igualmente, puede continuar dibujando, escuchando y hablando. Para aprender un código, ¿acaso no hace falta primero jugar con él y también ser libre de transgredirlo? «Así, creyendo dialogar con el otro, el niño aprende muy pronto a dialogar con sí mismo, con esta otra parte del Sí-mismo que desconocía y que precisamente proyectaba sobre los demás alienando así toda posibilidad de diálogo real» (*ibid.*, p. 64).

El autor se limita a una posición puramente didáctica, evacuando no solamente la transferencia y la interpretación, sino también los puntos de referencia y la comprensión del papel de las carencias del entorno en los déficit lingüísticos del niño. Como mucho, lo que busca es el hacer funcionar una máquina de curar. No obstante, la intuición de la que parte es fecunda.

«En el primer período de la reeducación llamada pasiva, durante la cual se filtran intensamente los sonidos exteriores que pierden así su significado, la vivencia del sujeto podría definirse como un sentimiento agradable de extrañeza... Esta emoción induce a un estado de elación percibida en la persona misma, es decir, en la representación que el sujeto tiene de sí mismo» (*ibid.*, p. 75). La extrañeza no es inquietante más que allí donde el entorno no «contiene» (en el sentido de Bion) la vivencia psíquica del sujeto.

### El espejo sonoro

Lo que del otro es oído cuando envuelve al Sí-mismo en la armonía (¿qué otra palabra musical convendría aquí?) y luego, cuando como retorno responde en eco a lo emitido y lo estimula, introduce al pequeño en el área de la ilusión. Winnicott (1951) señaló el parloteo entre los fenómenos transicionales, pero poniéndolo en el mismo plano que las demás conductas de este tipo. Ahora bien, el bebé sólo se autoestimula para emitir, oyéndose, si el entorno le ha preparado para ello por la calidad, la precocidad y el volumen del baño sonoro en el que está sumergido. Antes que la mirada y la sonrisa de la ma-

dre, que le nutre y le cuida, remitan al niño una imagen de sí que le sea visualmente perceptible y que interiorice para reforzar su Sí-mismo y bosquejar su Yo, el baño melódico (la voz de la madre, sus canciones, la música que ella le hace escuchar) pone a su disposición un primer espejo sonoro que utiliza primero con sus gritos (que la voz materna tranquiliza como respuesta) y luego con sus gorjeos y finalmente con sus juegos de articulación fonemática.

La mitología griega no deja de descubrir la unión del espejo visual y del sonoro en la constitución del narcisismo. La leyenda de la ninfa Eco no está ligada por casualidad a la de Narciso. Hombre joven, Narciso suscita, en numerosas ninfas y jovencitas, pasiones a las que él permanece insensible. A su vez, la ninfa Eco se enamora de él sin obtener nada a cambio. Desesperada, se retira a la soledad donde pierde el apetito y adelgaza; de su persona evanescente pronto no queda más que una voz gimiente que repite las últimas sílabas de las palabras que se pronuncian. Durante este tiempo, las jóvenes despreciadas por Narciso obtienen venganza de Némesis. Después de una cacería en un día muy caluroso, Narciso se inclina sobre una fuente para refrescarse y percibe su imagen tan bella que se enamora de ella. En simetría con Eco y su imagen sonora, Narciso se aparta del mundo, no haciendo más que inclinarse sobre su imagen visual y dejándose languidecer. Incluso al paso del cortejo fúnebre sobre las aguas del Sys, seguirá intentando distinguir sus propios trazos... Esta leyenda marca muy bien la precedencia del espejo sonoro sobre el espejo visual, así como el carácter primario femenino de la voz y el vínculo entre la emisión sonora y la demanda de amor. Pero proporciona, también, los elementos de una comprensión patogénica: si el espejo —sonoro o visual— no reenvía al sujeto más que su propia imagen, es decir, su demanda, su desamparo (Eco) o la búsqueda de ideal (Narciso), el resultado es la desunión pulsional que libera las pulsiones de muerte y que les asegura una primacía económica sobre las pulsiones de vida.

A menudo, ya se sabe, se reconoce a la madre de un esquizofrénico en el malestar que su voz causa al profesional que ha venido a consultar: voz monocorde (con mal ritmo), metálica (sin melodía), ronca (con predominio de los tonos graves, lo que favorece en que escucha la confusión de sonidos y el sentimiento de su intrusión). Semejante voz perturba la constitución del Sí-mismo: el baño sonoro ya no es envolvente, se hace desagradable (en términos de Yo-piel se llamaría rugoso), es agujereado y agujereante. Esto sin juzgar la continuación que es, durante la adquisición de la primera articulación del lenguaje, la interferencia de la madre en el pensamiento lógico del niño por la conminación paradójica y por la descalificación de los enunciados que el niño emite sobre sí mismo (cf. Anzieu D., 1975 b). Solamente la conjunción grave de las perturbaciones fonemática y semán-

tica produciría la esquizofrenia. Si las dos perturbaciones han sido ligeras es que estamos ante personalidades narcisísticas. Si la primera ha tenido lugar sin la segunda, se consituye la predisposición a las reacciones psicósomáticas. Si la segunda se ha producido sin la primera, nos encontraríamos con un gran número de trastornos de la adaptación escolar, intelectual y social.

Los defectos del espejo sonoro patógeno son:

- Su discordancia: interviene a contratiempo de lo que siente, espera o expresa al bebé.
- Su brusquedad: tan pronto es insuficiente, tan pronto excesivo, pasando de un extremo a otro de forma arbitraria e incomprensible para el bebé; multiplica los micro-traumatismos sobre el para-excitación naciente (después de una conferencia que dí sobre la envoltura sonora del «Sí-mismo», un auditor vino a hablarme de sus problemas relativos a «la efracción sonora del Sí-mismo»).
- Su impersonalidad: el espejo sonoro no informa al bebé ni de lo que siente sobre sí mismo ni sobre lo que su madre siente por él. El bebé estará inseguro de su Sí-mismo si es para ella una máquina a la que hay que mantener, en la que se introduce un programa. A menudo, también ella se habla a sí misma delante de él pero no de él, tanto en voz alta como en el mutismo de la palabra interior, y este baño de palabras o de silencio le hacen vivir que no significa nada para ella. El espejo sonoro y después visual, sólo es estructurante para el Sí-mismo, y luego para el Yo, a condición de que la madre exprese al niño algo de ella y de él a la vez, y algo que se refiera a las primeras cualidades psíquicas que el Sí-mismo naciente del bebé experimenta.

El espacio sonoro es el primer espacio psíquico: ruidos exteriores dolorosos cuando son bruscos o fuertes, gorgoritos inquietantes del cuerpo sin localizar en el interior, gritos emitidos automáticamente con el nacimiento y luego el hambre, el dolor, la cólera y la privación del objeto, pero que son acompañados de una imagen motriz activa. Todos estos ruidos componen algo como lo que Xénatis sin duda ha querido realizar con las variaciones musicales y los juegos luminosos de los rayos láser de su polítopo: un entrecruzado desorganizado, en el espacio y el tiempo, de señales de las cualidades psíquicas primarias, o como lo que la filosofía de Michel Serres intenta decir del flujo, de la dispersión, de la nube primera de desórdenes donde arden y corren las señales de incertidumbre. Sobre este fondo de ruidos puede elevar-

se la melodía de una música más clásica o más popular, es decir, hecha de sonidos ricos en armónicos, música propiamente dicha, voz humana hablada o cantada, con sus inflexiones y sus invariantes muy pronto consideradas como características de una individualidad. Momento, estado en los que el bebé experimenta una primera armonía (que presagia la unidad de sí mismo como Sí-mismo a través de la diversidad de sus sensaciones) y un primer encantamiento (ilusión de un espacio en el que no existe la diferencia entre Sí-mismo y el entorno y donde el Sí-mismo puede reforzarse por la estimulación y por la calma del entorno al que está unido). El espacio sonoro —si por un recurso a la metáfora hay que darle una apariencia visible— tiene forma de caverna. Espacio hueco como el pecho o la cavidad buco-faríngea. Espacio protegido pero no herméticamente cerrado. Volumen en el interior del cual circulan los rumores, ecos y resonancias. No es por casualidad que los conceptos de resonancia acústica han proporcionado a los sabios el modelo de toda resonancia física y a los psicólogos y psicoanalistas de grupo el de la comunicación inconsciente entre las personas. Los demás espacios del niño, el visual y luego visuo-táctil y locomotor y por fin gráfico, lo introducen en las diferencias entre lo mío y lo no familiar, entre el Sí-mismo y el entorno. Sami-ali ha hecho progresar su estudio con su libro titulado *L'Espace imaginaire* (1974). Pero los déficits originarios de la envoltura sonora del Sí-mismo dificultan el desarrollo de esta serie.

#### Observación de Marsias (fin)

La forma en que este handicap ha funcionado en el paciente es la de clarificarse, algunos meses después de las dos sesiones resumidas anteriormente, gracias a las indicaciones sólidas que estas sesiones nos habían aportado y sobre las que pude apoyarme explícitamente más de una vez (prueba de que estas dificultades pueden atenuarse con el psicoanálisis a condición de concedérseles tiempo, voluntad, dispositivo espacio-temporal adecuado y de deducir las interpretaciones de una teoría correcta).

A pesar de los innegables progresos de su vida interior y exterior que había que anotar, Marsias atravesó una nueva crisis, no tanto de angustia depresiva como de escepticismo: no llegaría nunca a cambiar tanto como hubiera sido necesario, se sentía demasiado diferente de los demás, estaba descorazonado, pensaba que yo lo consideraba incapaz de terminar su psicoanálisis y que sería mucho mejor interrumpirlo de común acuerdo. Marsias no diferenciaba certeramente lo que pasaba en su Sí-mismo de lo que pasaba en su entorno. A menudo, los afec-

tos de sus parientes y amistades lo invadían y desorganizaban; intentaba distanciarse pero, a fuerza de criticarse, rechazaba todos los medios prácticos para alcanzarlo; lo que sentía, tan pronto lo guardaba para sí quejándose de no ser adivinado por el entorno como lo expresaba con una viveza tal que le servía para volver a ser violento. Y siempre la misma conclusión: soy yo el que debo cambiar, Marsias, pero no soy capaz. Pude interpretar, en la transferencia, que organizaba sus relaciones con su medio privado y profesional, así como conmigo, con el modelo de una discordancia ineluctable entre el Sí-mismo y el entorno, y para formular esta discordancia básica le propuse: la felicidad de uno tiene como contrapartida la desgracia de otro.

Otro paciente que presenta analogías con Marsias en cuanto a la historia de su tierna infancia y a sus fallas en el funcionamiento del Sí-mismo y del Yo, adoptó la conclusión simétricamente inversa: pensaba que los que tenían que cambiar eran su entorno y su psicoanalista, y solamente ellos, pero que no eran capaces. El fondo del problema sigue siendo el mismo: la diferenciación entre la vivencia sensorial y afectiva del sujeto y del entorno no se realiza o se realiza a contratiempo, cuando el sujeto no ha podido vivir suficientemente un período original en el que el entorno haya respondido a su placer con placer, a su dolor con apaciguamiento, a su vacío con el lleno y a su fracionamiento con la armonización. El psicoanalista debe hablarle de ello —sin necesidad de sumergirle en una cabina semiofónica— para crear un entorno que resuene tanto a nivel de la voz como del sentido.

Roland Gori, en una reflexión realizada paralelamente a la mía, y a menudo en una interacción mutua, ha elaborado nociones convergentes de «imagen especular sonora», de «murallas sonoras», de «anclaje corporal del discurso», de «alienación de la subjetividad al código». A él debo el conocimiento de un relato de ciencia ficción de Gérard Klein, *La Vallée de échos* (1966), que imagina la existencia de fósiles sonoros: «Sobre el planeta Marte, unos exploradores buscan en el desierto la huella de una vida extinguida. Un día penetran entre acantilados dentados, que no se parecen en nada a los paisajes erosionados, que yacen a todo lo largo del planeta de arena... y encuentran el eco: "Percibí una voz, o mejor el murmullo de un millón de voces. El tumulto de un pueblo entero pronunciando palabras increíbles, incomprensibles, (...) el sonido nos acosa en sucesivas olas, remolineantes." (...) En este valle de los Ecos se reciben los sonidos de un pueblo desaparecido; es el único lugar del universo donde los fósiles ya no son minerales sino masas sonoras. Uno de los exploradores, ávido del placer de su descubrimiento, avanza imprudentemente y las voces decrecen dulcemente hasta la agonía del silencio, "porque su cuerpo era

una pantalla. Era demasiado pesado, demasiado material para que estas voces ligeras soportaran su contacto"» (R. Gori, 1975, 1976). Bella metáfora de una materia sonora extraña al cuerpo vivido, que se entretiene por su propia y vana compulsión de repetición, recuerdo antehistórico y amenaza mortal de una mortaja audifónica desplegada en andrajos, que no envuelve y no retiene ya ni la vida psíquica ni el sentido en el Sí-mismo.